de San Vicente á los hospitales, y monjas del Buen Pastor á las casas de arrepentidas; el ocuparse constantemente en la predicacion y en la visita de la diócesi; el dirigir en persona los retiros espirituales del clero; corregir con mano firme los abusos y reformar la disciplina; el llevar en suma la vida irreprensible y santa, que á su discípulo ordenaba el Apóstol, formarian por sí solos el panegírico de cualquier Prelado; y no son, sin embargo, el punto culminante de la vida episcopal de Pio IX.

La Península Itálica y en especial los Estados Pontificios, se hallaban en una efervescencia terrible; las sociedades secretas se agitaban *sordamente, y la tempestad se hallaba próxima á estallar.* En todas partes se hacia necesaria una vigilancia sin tregua, y una severidad que rayaba en rigor. En todas partes se excluía de la sociedad á los poco adictos al Gobierno legítimo, y los que abrigaban ideas avanzadas se guardaban bien de mostrarse en los palacios de los gobernadores y Prelados. Solo bajo el techo del Arzobispo de Spoleto, hallaban todos abrigo y amistosa acogida. Allí estaban seguros de persecuciones y atropellos; allí por último, se salvaron de la muerte, merced al hospitalario Prelado muchos de los conspiradores de 1830, y entre otros, Señores, ¿recordais? aquel que en el trono de Francia fué despues perseguidor de Pio IX, y se llamó Napoleon III.

¿Arguyen esta benevolencia y mansedumbre ideas liberales en quien tan generoso se mostraba? ¿Desdecia esta conducta en un Prelado de la Iglesia? ¿Tenian razon los que disuadian á Gregorio XVI de conferirle el capelo cardenalicio, repitiéndole que en casa de Mastai hasta las paredes respiraban liberalismo? Permitid, Señores, que para una respuesta tan árdua, llame en mi auxilio á San Gregorio Magno.

"Hay muchos males, dice, que tiene que tolerar el Obispo, áun cuando los vea claramente, áun cuando los conozca, áun cuando los palpe, porque si no es el tiempo oportuno, ni se presenta una ocasion favorable, ¿de qué le sirve intentar una correccion imposible y áun perniciosa? *Nonnulla autem vel aperte cognita mature toleranda sunt, cum videlicet rerum minime opportunitas congruit, ut aperte corrigantur.* Pobre inexperto médico! de qué te servirá querer cerrar esa llaga, cuya profundidad áun no has sondeado, cuyos bordes están inflamados y no se prestan á una inmediata curacion? No tienes medicinas á propósito, tus instrumentos están enmohecidos, la enfermedad áun no hace crísis: triste de tí, si por excesiva ansiedad festinas la inoportuna curacion.

A un alivio aparente y momentáneo sobrevendrá una gravedad repentina, y se apresurará la muerte que quizás podrémos dilatar. *Nam secta inmature vulnera deterius infervescunt, et nisi cum tempore medicamenta conveniantt, constat procul dubio, quod medendi officium amittant.* No imites, oh Prelado, la imprudente conducta del novel cirujano. Miéntras llega el tiempo de corregir á tus súbditos, súfrelos con paciencia, trátalos con benignidad, toma sobre tí mismo las culpas que no puedes evitar, y preséntate cargado con ellas, como víctima expiatoria al Padre de las misericordias. Así el Rey David, Pastor de Pueblos, se queja de que los pecadores han fabricado sobre sus agobiadas espaldas, ponderoso edificio de abrumadora iniquidad. No parece, sino que hablando en nombre de los futuros apóstoles de la Iglesia de Jesus, dice gráficamente: Llevo como carga sobre mis hombros, á aquellos pecadores cuyos yerros me es imposible corregir; con tan pesado fardo avanzo por el escarpado sendero que el Señor me señala, y aguardo sin inmutarme la hora oportuna de la liberacion y la justicia, que el Todopoderoso hará sonar cuando le plazca. *Sed cum tempus subditis ad correptionem quæritur, sub ipso culparum pondere patientia præsulis exercetur. Unde bene per psalmistam dicitur: Supra dorsum meum fabricaverunt peccatores* (Ps. 128, 3). *In dorso quippe onera sustinemus. Supra dorsum igitur suum fabricasse peccatores queritur, ac si aperte dicat: Quos corrigere nequeo, quasi superimpositum onus porto.* (Regulæ Pastoralis, Par. II, c. 10.)

Si, segun la política humana, fué error lo que tanto recomienda en los Obispos el Magno Gregorio, no sabria yo, Señores, definirlo. Seria preciso comparar la historia moderna de Spoleto con la de otras ciudades, cuyos gefes espirituales y temporales otra táctica siguieran, y ver en cuál cundió más y más pronto la gangrena social y religiosa. En todo caso, cuando se trata de misericordia y dulzura, todos los actos que de tales virtudes emanan nos seducen y enamoran; y no léjos de pensar de este modo parece haber estado el austero Pontífice Gregorio XVI, cuando á despecho de oposiciones, lo nombró Cardenal de la Santa Iglesia Romana, aunque reservándoselo *in pectore*, el 23 de Diciembre de 1839.

Conviene, Señores, que os fijeis en esta fecha, por más de un motivo importante. Notad que en 1839, Juan-María Mastai-Ferretti era ya personaje importantísimo; que no podia dar un paso sin ser observado por todos; que habia llegado á la más alta dignidad de la Iglesia, excepto el Sumo Pontificado; que sus deberes episcopales lo retenian en su diócesi, y que los únicos viajes emprendidos en esta época de

su vida, fueron de Spoleto á Roma, y á su nueva diócesi de Imola, á que acababa de ser trasladado el mismo año, el 17 de Diciembre. Recordad tambien, que doce meses despues, en 14 de Diciembre de 1840, fué ya proclamado Cardenal Presbítero y que habiéndole cerrado y abierto la boca segun el rito, é impuéstole el simbólico capelo, le fué asignada como título cardenalicio, la Iglesia de San Pedro y Marcelino.*

Torna, torna á tu diócesi revestido de la mística púrpura y ligado á la Santa Sede con vínculos más estrechos que nunca. Ese vivo rojo que cubre tu cuerpo te recuerda continuamente, que has jurado defender los derechos espirituales y temporales de la Silla de Pedro, *usque ad effusionem sanguinis*, aunque fuere preciso derramar hasta la última gota de tu sangre preciosa. Presto se trocará la túnica purpúrea, por la cándida veste del Vicario de Cristo; pero tus promesas subsistirán como siempre, y habrá que unir la firmeza del soberano á la innata dulzura de tu alma.

* Estas fechas hacen patente que el Juan Ferretti-Mastai, que por este tiempo entró en una logia masónica en PALERMO, no fué el Cardenal Mastai-Ferretti.

IV

En efecto, Señores, el 6 de Junio de 1846, un inesperado correo de Roma, vino á sacar al cardenal obispo de Imola de sus sagradas ocupaciones. Gregorio XVI habia muerto: el cónclave iba á reunirse: como miembro del Sacro Colegio, era menester que acudiese sin demora á la eleccion del nuevo Pontífice.

¡Cuántas veces he oido hacer reminiscencias de ese célebre cónclave! Quién auguraba la tiara á este Purpurado; quién la prometia á aquel; quién la daba al antiguo secretario de Estado de Gregorio; quién á tal ó cual amigo del Austria, entónces cuasi omnipotente en Italia. Pero ninguna conjetura, ninguna probabilidad, ningun augurio favorecia á Mastai-Ferretti; y cuando la señal conocida anunció la eleccion, sin proclamar al nuevo Pontífice por la hora avanzada de la noche, á los parientes y amigos de un cardenal bien diverso se enviaron correos con erradas noticias.

Papam habemus: resonó el 17 de Junio en las alturas del Quirinal; *tenemos Papa*, clamaron en breve todas las ciudades de Italia y del Orbe; y ese *gran gozo* á que excitaba al mundo católico el purpurado pregonero de tan fausta noticia: *annuntio vobis gaudium magnum*, se tornó en breve en verdadero frenesí, al saber que el benévolo Cardenal Mastai Ferretti, era Pontífice supremo, y al presenciar los primeros piadosos actos de quien no sin designio escogió el nombre de Pio. Jamás soberano alguno ha tenido mayor necesidad de meditar á menudo en las palabras, que el 21 de Junio, al ser solemnemente coronado, se le dirigieron segun el rito al quemar la simbólica estopa: *sic transit gloria mundi*. De gloria iba á cubrirse el nuevo sucesor de San Pedro, desde el momento de pisar las gradas del solio; de gloria cual ninguno de los centenares de Papas-Reyes que le habian precedido; de gloria inmensa que habia de ser sucedida por desventuras tambien sin ejemplo.

¿Quién no recuerda el mágico efecto que produjo la palabra *amnistía*, pronunciada por Pio IX? Aun resuenan en los oídos de todos, los cán-

ticos de gozo que desde los Alpes hasta las playas de Sicilia resonaron en su alabanza; áun se repiten los himnos que en loor de la blanca bandera tremolada por el Vicario de Cristo se cantaban con entusiasmo en los palacios y en las chozas, en las ciudades y en los campos. Jamás conquistador Romano fue objeto de las ovaciones, que se tributaron á Pio IX, no una vez como á los Césares, sino todos los dias y á todas horas. "Acuérdate que eres hombre," se repetia á los vencedores de la Antigüedad durante los honores del triunfo. Nadie lo dijo al Pontífice; pero él solo se lo decia á cada paso, al verse exaltado tan alto, y á fuerza de lisonjas impelido por una senda que ningun otro habia pisado.

"Un Papa que adopta la revolucion Francesa para hacer de ella la revolucion cristiana, y que la mezcla á la bendicion sagrada que derrama sobre Roma y sobre el Universo, *urbi et orbi*, desde el balcon del Quirinal; un Papa que hace esta obra sublime, gigantesca, no solo es un hombre, es un hecho." Estas palabras pronunciaba lleno de entusiasmo en las cámaras Francesas, un bien conocido revolucionario, en Enero de 1840. Parecia, en efecto, que Pio IX habia amalgamado los elementos más disímbolos. Al lado del augusto Senado de Cardenales, tenia su asiento un parlamento. Libertad, constitucion, pidieron las masas agitadas, y constitucion y libertad les concedió el Supremo Jerarca: les desagradó el uniforme y carácter eclesiástico en los ministros y funcionarios; y seglares con bordados y charreteras se vieron en puestos que ántes ocupaban cardenales y prelados; guardia cívica quiso Roma, y se distribuyeron armas á la plebe ávida siempre de novedades. Fué Pio IX por la senda de las reformas hasta la última extremidad; pero la Revolucion se encargó de probar al Mundo, que esa amalgama que el Senador Francés juzgaba un hecho, era absolutamente irrealizable; se encargó de justificar la sentencia que, algunos lustros despues, habia de pronunciar el mismo Pio IX, condenando en el famoso Syllabus, á quien ose afirmar que: *Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti civilitate sese reconciliare et componere.* ¿A qué recordaros acontecimientos que nadie ha olvidado? Los mismos que aclamaban á Pio IX, y quisieran poner sobre sus sienes la corona de Italia, y verlo al frente del ejército con que aspiraban á humillar á una nacion católica, truecan su amor en saña, dirigen contra él sus maldiciones y sus tiros, y lo obligan á salir fugitivo de la ciudad y pueblo que habia colmado de beneficios.

En la roca de Gaeta empieza una nueva era para el manso Pontífice. La época de las concesiones ha cesado; principia la lucha. Y esta guerra, notadlo, no es el Pontífice quien la declara; no es él quien la provoca. Él en todo ha cedido, á todo se ha plegado; pero se ha pretendido arrojar ignominiosamente la tiara de tu consagrada cabeza para sustituirla por el gorro frigio, y ¿cómo habia de sujetarse á tal mengua? Empieza una nueva lucha; pero creedlo, es más fácil que la que acaba de sostener. Para luchar contra ejércitos, para no ceder á tormentos, para salir triunfante de persecuciones, se necesita una alma fuerte sí, pero no de temple tan heroico como para resistir á las alabanzas y á la gloria. Detenerse en un camino sembrado de flores, cerrar los oídos á la lisonja universal, dominar al dulce enemigo de la vanagloria, esto, Señores, se ve muy rara vez en el Mundo, y esto lo hizo Pio IX al dar el primer paso en el camino de Gaeta.

Más tarde se propuso á otro Rey lo que ántes al soberano de Roma. En brazos de la adulacion se le condujo de crímen en crímen desde el pié de los Alpes hasta el palacio del Quirinal. A cada corona que le obligaban á hacer pedazos; á cada injusticia que se veía forzado á sancionar; á cada sacrilegio que lo compelian á cometer, se rehusaba, se resistia, se negaba; al fin era valiente y caballero, y su familia ha dado santos al Cielo y á la Iglesia; pero el indomable en la guerra y en la caza; el que jamás retrocedió ni ante fieras ni ante huestes contrarias, se rindió á la ambicion, se entregó encadenado á los que á fuerza de llamarlo grande, lo condujeron á robados alcázares para poner en sus tristes sienes mal forjada diadema. Ya murió, Señores. Dios lo llamó á juicio pocos dias ántes que al despojado Pontífice: no lo juzguemos hoy nosotros. Comparémos, sí, la figura de Pio IX, con la de Víctor-Manuel, y nos abismará la grandeza de aquel, venciéndose á sí mismo en la época de triunfos y honores, de ovaciones y gloria.

V

Era el 12 de Abril de 1850. La Señora de las Siete Colinas se ostentaba ricamente ataviada cual la esposa el dia de las bodas, *tanquam sponsa parata viro suo.* Sus calles cubiertas de flores, sus palacios adornados de ricos tapices, sus templos y edificios prolongando el dia venturoso con las brillantes iluminaciones que toda la noche duraban, proclamaban al mundo que el Pontífice Romano tornaba á su Sede, que otra vez se hallaba entre su pueblo, que ya no volveria á abandonar. Esta vez las aclamaciones que poblaban el viento, no respiraban ya el tono de la falaz demagogia; y repetidas constantemente por veinte años en este fausto aniversario, mil veces atronaron mis oídos, haciéndome testigo presencial del intenso gozo de los verdaderos Romanos, por la vuelta de su Padre y Soberano.

Hay un viejo proverbio, pasado á regla de derecho, que nos dice: que donde está el Papa, allí tambien se encuentra la Curia Romana: *ubi Papa ibi Roma:* y de ello dió Pio IX en Gaeta pruebas manifiestas. Olvidado de su destierro y de sus penas, desde allí expidió decretos y leyes, desde allí dirigió epístolas á los Obispos todos del Orbe Católico, consultándolos sobre un gran paso que hacia tiempo meditaba su ánimo piadosísimo. Restituido á su Residencia, ya pacífica, puede ahora realizar su intenso deseo; y seguro de que en todas las diócesis de la Cristiandad ha existido siempre la creencia de que María, Madre de Dios, exceptuada de la ley general, quedó, desde el primer instante de su concepcion exenta de la culpa de orígen; seguro de que en todas partes se ha considerado esta verdad como perteneciente al sagrado depósito de la Fé; seguro de que los fieles le han prestado su pleno asentimiento, áun ántes de estar á ello obligados bajo pena de anatema, se resuelve á llevar á cabo su grandioso designio, declarando con toda solemnidad que es Dogma de Fé el misterio consolador.

No intentaré describiros en este dia tristísimo el acto glorioso en que Pio IX, bajo las augustas bóvedas del mayor templo de la Cristian-

dad, circundado por una corona de obispos, tan numerosa y brillante como no se habia visto por siglos, hizo resonar su voz infalible ante la arrodillada multitud, y honró como Pontífice á la Inmaculada Vírgen que desde niño habia venerado con particular devocion. Jamás se olvidará en nuestra patria el 8 de Diciembre de 1854. México, que en medio de sus extravíos ha conservado grande afecto á María, en el misterio de su concepcion purísima, recuerda constantemente llena de gratitud esta declaracion solemne, bastante por sí sola para inmortalizar á un Pontífice.

Era la época de paz, de consuelos y triunfos: era la dulce calma precursora de terribles tempestades. Poco ántes de declarar dogma de Fé la inmaculada Concepcion de María, habia restablecido Pio IX la Jerarquia Católica en la perseguidora Holanda y en la protestante Inglaterra. ¡Cómo! exclamará quizás alguno. ¿No subsiste ya la obra de Enrique VII? ¿Se ha desplomado el edificio de Lutero? Los hechos, Señores, hablan más que los argumentos. Id, id, á los países llamados protestantes, y veréis los inmensos progresos del Catolicismo. Hijas del libre exámen las herejías del Siglo XVI, tenian que caer bajo su propio peso, y ceder de nuevo el terreno á la verdad triunfante. Ya en fines del siglo antepasado señalaba el gran Bossuet las *variaciones* del protestantismo; ya entónces mostraba que casi habia tantas sectas como cabezas, y que cada dia y á cada hora variaba una religion que no tenia regla segura de Fé. Otra centuria ha hecho variar tanto la mentada Reforma protestante, que ya no pueden entenderse sus sectarios, y los que no se han acogido al seno de la verdadera Iglesia, han caído en las aguas del Racionalismo, del Panteismo, del Indiferentismo. La divinidad é inspiracion de los Libros Santos, de esa única é infalible autoridad, que al principio afectaban reconocer, se niega ya ó se pone en duda por muchos de sus gefes, y áun este punto de apoyo se ha perdido en medio del naufragio. No basta para sostenerlo toda la tiranía de la anti-católica Prusia; no basta la persecucion general á todo el que profesa la verdadera Fé. Los pocos restos del protestantismo que han podido salvarse, se ven precisados á acogerse á algunas de las antiguas colonias españolas, donde el pueblo, sin instruccion en materia religiosa y la clase ilustrada atenta tan solo al lucro temporal, podrán quizá recibir á los tristes desheredados, y dar motivo á que digan los extraños, con sarcasmo, que en materias religiosas, como en otras, ¡el progreso no es fruto de los países cálidos. Sí, Hijos mios; miéntras aquí sin exá-

men, sin estudio, sin reflexion hay quien, retrocediendo tres siglos, se incline al ya muerto protestantismo; en Inglaterra, en Holanda, en Escocia se camina á grandes pasos á la unidad, y á Pio IX cupo la dicha de restablecer la jerarquía Católica, en las dos primeras hace cinco lustros, en la fanática patria de Juan Knox, momentos ántes de morir. Cúpole la satisfaccion de ver crecer de una manera asombrosa la poblacion católica de los Estados-Unidos de América, y de aumentar en ella en proporcion el número de pastores. Aun aquellas provincias que nos arrebataron los azares de la guerra, y por cuya suerte religiosa temblaban en México, al pasar á otras manos progresaron no solo en poblacion, industria, comercio, sino tambien en Religion; y los vastos territorios de California, Nuevo-México y Texas, en vez de ver los horrores que nosotros hemos presenciado, sienten ahora los beneficios de centenares de conventos y colegios, de templos y oratorios en ellas construidos á gran prisa, y Pio IX, en medio de la amargura que le causara el indiferentismo de la América áun española, tuvo el consuelo de erigir varios arzobispados y muchas diócesis, donde ántes vagaba apénas algun aislado misionero.

¡Cuánto cambió en Oriente la situacion de los cristianos en el reinado de Pio IX! ¡Qué gozo inefable sentimos todos al ver al augusto Pontífice consagrar con sus propias manos á un arquimandrita de Bulgaria, que á la cabeza de cuatro mil de sus correligionarios, tornaba del cisma á la Unidad Católica. . . . . ! ¿Pero, á qué cansaros, Señores? Los números hablarán más claro, y os mostrarán que en el Orbe entero es grande el nombre de Pio IX. Al terminar su largo Pontificado, habia erigido treinta sedes metropolitanas, y más de ciento treinta episcopales; el número de delegaciones, prefecturas y vicariatos apostólicos pasó de cincuenta. El que grande era como sacerdote, grande era como rey. Prueba de ello, las ovaciones de que fué objeto en la visita á sus Estados en 1857, el *hosanna* que lo acogió al poner las plantas fuera de las puertas de Roma, lo acompañó sin cesar en su larga excursion, y siguió resonando con eco dulcísimo, áun durante su paso por el Gran Ducado de Toscana. Estos triunfos, Señores, los vieron mis ojos: estas aclamaciones hirieron mis oídos. Sin ser observador ni político, se comprendia la diferencia entre estos vivas y los gritos inconsiderados del 48. Salian de corazones agradecidos, contentos con el suave yugo del Papa-Rey, y respirando felicidad en sus dominios.

VI

He recordado ¡oh gran Pio! tus triunfos: es tiempo que recuerde tus penas, tus inefables penas, comparables solo como la amargura de la hija de Sion, con la inmensidad del Océano. *Magna est velut mare contritio tua.*

Casi al mismo tiempo que del Orbe entero acudian á Roma Obispos y Doctores, para la declaracion dogmática de la Inmaculada Concepcion, las escuadras de Inglaterra y de Francia volaban á Crimea, á contener el ímpetu del enfurecido Moscovita. Las acompañaban unos cuantos millares de soldados de un pequeño reino situado al pié de los Alpes, y que sin intereses en Oriente, sin representacion en Europa, no se comprendia qué iba á hacer á las remotas comarcas. Ménos se comprendian los repetidos elogios que á esas tropas se prodigaban á cada hecho de armas en que tomaban parte, aunque insignificante; á cada maniobra y cada movimiento, aunque fuera en una parada militar. Más incomprensible fué todavía el ver al representante del diminuto Piamonte, admitido en el Congreso de Paris, al lado de los plenipotenciarios de las naciones más poderosas, emitiendo su voto al igual de todos, y haciendo prevalecer sus extraordinarias pretensiones.

Astiterunt Reges terræ et Principes convenerunt in unum adversus Dominum et adversus Christum ejus. Ahí empezó esa liga funesta de los Reyes y Gobernantes de Europa, contra Dios y su Santa Iglesia, contra Jesucristo y su augusto Vicario. Ahí quedó decretado el despojo del Romano Pontífice, y la humillacion del Catolicismo. ¿Necesitaré recordaros la guerra poco despues declarada por el soberano de Francia contra el Gefe del Imperio Austriaco? ¿Necesitaré traeros á la memoria que aquel, espantado de sus propias victorias, que lo exponian á más funestas consecuencias que desastres bélicos, se detuvo de repente en su camino triunfal y firmó la inesperada paz de Villafranca?

Es tarde ¡oh Napoleon! ya diste imprudente el primer paso, y en va-

no procuras detenerte en la senda resbaladiza por que te has lanzado. Tu alianza con el Piamonte formará un Reino que será ingrato contigo, como tú lo has sido con el Pontífice que intentas destronar. La unidad de Italia traerá la unidad de Alemania, y ésta destruirá tus ejércitos, te arrojará del trono, humillará á tu Francia, desmembrará su territorio, será en suma, el instrumento de la Providencia para castigarte y hacerte expiar tus sacrilegios. Es tarde: ya firmaste tu propia sentencia. ¡Ay de tí! que caerás en el abismo que tú propio has cavado para otros.

Los azares de la guerra dejaron una parte de los Estados Pontificios desguarnecida, y la Revolucion, al mismo tiempo que destronaba á varios príncipes, encendia en aquellas provincias el fuego de la Rebelion. *Céde*, empezaron á gritar á Pio IX, *céde esa pequeña porcion de territorio: conservarás el resto y te harás inmortal.* ¡Hipócritas! Habian decretado el sacrificio, y solicitaban la cooperacion de la víctima: habian resuelto el total despojo, y aparentaban pedir una transaccion: sabian que el Pontífice habia jurado defender á toda costa los derechos suyos y de la Iglesia, y osaban exigirle que violase sus juramentos. *Non possumus*, respondió resueltamente Pio IX, y este *non possumus*, que algunos pudieron entónces condenar en lo humano, los acontecimientos han venido á probar que fué no solo una emanacion del deber, sino un acto de profunda política. Decid, decid los que citábais en vuestro candor el tratado de Tolentino, y juzgábais que con desprenderse de las *Legaciones* conservaria el resto de su Estado, decid, ¿habrian salido exactos vuestros pronósticos? ¿no dirias ahora de Pio IX, lo que la historia afirma de otros muchos soberanos: *no supo ni caer?*

Non possumus, repitió el gran Pio, y organizando á toda prisa un ejército pequeño sí, pero más numeroso que nunca, se preparó á defender sus Dominios contra la invasion Piamontesa. Era tiempo, en verdad. Impulsado por Napoleon III, marchaba ya sacrílego gefe al frente de numerosísimas huestes, y con rapidez increible y diabólico arrojo tomaban una tras otra las plazas fuertes y ciudades de la Iglesia. Pero no impunemente. No hubo, es cierto, cual no pocos deseábamos, una Zaragoza en las riberas del Tíber, que sirviera de escarmiento y memoria á los descreidos invasores; pero hubo en cambio un Castelfidardo, un desastre de Castelfidardo más glorioso que una victoria.

No es este el momento de mostraros la aureola que circunda á los heróicos vencidos: uno contra cinco peleaban los Pontificios; un ejército nuevo, con escasos elementos, y si bien con dos valientes gefes á la cabeza, formado de hombres que dejaban en ese instante su dorado palacio, ó el tranquilo seminario para empuñar por primera vez las no probadas armas, se hallaba frente á frente de legiones veteranas, aguerridas, provistas de todo y seguras de una fácil victoria. ¿De quién es el honor, de quién la gloria, de quién el verdadero triunfo, el triunfo moral? Sobre los cadáveres de esa brillante juventud, en cuyas filas se hallaba representado todo el Orbe Católico, y daban con su sola presencia una prueba patente del amor universal á Pio IX; sobre esos cadáveres de mártires pasaron las huestes del Piamonte á ocupar todos los Estados de la Iglesia, exceptuando tan solo la pequeña provincia llamada Patrimonio de San Pedro. *Céde*, clamaron de nuevo al Pontífice, y *Non possumus* fué su única respuesta. *Céde*, gritó más tarde Garibaldi, invadiendo el territorio que áun quedaba á Pio IX, y el *Non possumus* del inquebrantable Papa-Rey, fué esta vez imponente, terrífico, acompañado de la victoria.

No era ya el pequeño ejército Pontificio el de Castelfidardo y Ancona. Con elementos de guerra, con disciplina, con armas competentes, estaba preparado para el combate, y era capaz de resistir á una invasion. Cuando la hora llegó, no se contentó con aguardar al enemigo dentro los muros de Roma, sino que salió á su encuentro, y venciéndolo, en la inolvidable Mentana, conservó por más años á Pio IX la soberanía temporal.